



## Cuaderno de Bitácora

*Yo, José Ramón Rodríguez González en Madrid, a treinta y uno de diciembre de dos mil veintiuno, día de San Silvestre.*

Riela horizontal el sol por Fernández Villaverde. A lo lejos, una enorme puerta negra con un pato dibujado se cierra estrepitosamente. Al cabo de unos minutos, se despliegan enormes y relucientes velas blancas y pendones de colores. Es tan grande la belleza del navío que me resulta difícil explicarlo con palabras, aun así, intentaré hacerlo por si algún día se lo encuentran. En ese caso, hagan el favor de saludar cariñosamente a toda su tripulación.

Un buque fuerte y reluciente forrado de tablilla de madera blanca cortada al milímetro como si de una pieza de ebanistería se tratase. En su interior se guardan los mayores tesoros del mundo: cofres con maquetas de mil edificios, fotografías de inmensas dimensiones, piedras, cerámicas y plantas venidas de todas las partes del mundo... Todo permanece intacto.

Sin embargo, durante estos meses de travesía, me he dado cuenta que esta 'riqueza material' solo sirve para no perder la memoria y el sentido de aquellos viajes recorridos y de los que estaban por recorrer.

Mi experiencia como marinero no estaba dentro del barco, sino más allá de sus límites. En esa infinita y lejana línea que llamamos horizonte. Recuerdo extendidos coloquios con miembros de la tripulación que hablaban de viajes por Europa y América, deportes de pelota o raqueta, nuevas obras de teatro en la capital e incluso de la más alta gastronomía que tuvimos la suerte de probar en uno de nuestros viajes a Extremadura. Todos mis compañeros han dejado huella en mí y los admiro por su trabajo, opiniones, ideas, actitud e incluso por esos momentos de humor que ahora recuerdo con tantísimo cariño.

Y es que el viento que pone el rumbo de esta embarcación no es más que el inmenso espíritu y seña de cada una de las personas que forma parte de su equipo. Un viento que ruge desde los confines del mundo cargado de vida y que con todas sus fuerzas movía un ligero velero de madera en el que he tenido la suerte de estar.

Yo, ya en tierra, escribo mis últimas líneas en este Cuaderno de Bitácora, que ahora es vuestro también. Veo zarpar aquel navío del que he sido orgulloso marinero durante seis meses de travesía por el mundo.

Lo dejo ir viento en popa y a toda vela.  
Apenas lo veo cortar el mar sino volar.

Gracias, **muchas gracias** a toda la tripulación. A Emilio, Carlos, Andrés, Carlos Brage, Javi, Julia, Inés, Cata, Sancho, Juan y Lucía.

Miembros todos de esta embarcación llamada **Tuñón y Albornoz Arquitectos**.

También agradecer enormemente a la **Fundación Arquia** por haberme dado esta oportunidad.